



## El arte de Ramón Amadeu y el belenismo olotense

Por *LUIS ARMENGOL PRAT*

El barcelonés Ramón Amadeu Grau fué en Cataluña uno de los pocos valedores de las tendencias puristas del arte que prorrumpieron, en su época, contra el barroquismo excesivo que en aquel entonces había alcanzado nuestra escultura, prendida de un amaneramiento y una relajación bien visibles. La ampulosidad del estilo imperante, su abigarramiento rayano en una regresión manifiesta, hacían que la escultura fuese pasto de propios desvaríos y se imponía una reacción realista, de revisión y de pureza, que se avinieron cabalmente con el temperamento y la concepción del gran imaginero Amadeu. Como muy bien dice Evelio Bul-

bena Estrany en su obra *Ramón Amadeu* (Maestro imaginero catalán de los siglos XVIII y XIX), «lo que fuera de Cataluña hicieron Ventura Rodríguez y Juan de Villanueva en la Arquitectura, lo hicieron entre nosotros Costa, Bonifás y Amadeu y más tarde sus sucesores».

No es la figura de este escultor una más en el concierto del arte de su tiempo. Fue un perfecto abanderado del «realismo», del naturalismo escultórico, que combatió, con la máxima eficacia, el declive que se padecía. Conocedor maravilloso de la anatomía humana y la expresión de los más profundos sentimientos, Amadeu es uno de los imagineros de más talla en el cultivo de la estatuaria policroma de España y consiguió plasmar en sus obras la más genuina representación del modo de ser religioso de todo un pueblo, coordinando magistralmente la encarnación religiosa con un sentido humano impregnado en los sublimes misterios, en su más alto grado de excelcitud. Los rostros, las actitudes, los movimientos y gestos, vienen expresados por él, lo mismo que el dolor, las alegrías, el éxtasis y tantos estados anímicos, con un verismo humano que emociona.

Por otra parte, este realismo de Amadeu reflejaba de manera perfecta su peculiar modo de ser, franco y sincero siempre, reflejando abiertamente su personalidad y carácter. Su portentosa valía le fue reconocida y objeto de alta estima al distinguirle la Real Academia de San Fernando de Madrid, de forma tan elocuente, concediéndole uno de sus títulos honoríficos en el año 1778, a sus 33 de edad. Pero su amistad personal con el Rey Carlos IV y su patriotismo a ultranza, chocaron en seguida con la dominación francesa. Se comprende también que las relaciones de Amadeu con el Rey y el hecho de pertenecer a su «milicia», le acarrearán posibles persecuciones que, para evitarlas, no tuvo más remedio que huir de Barcelona, en el año 1809, cuando tenía cumplidos los 64 años. Y es entonces, según se dice, cuando, casi pidiendo limosna, llegó en compañía de José Mestres, abuelo del gran Apeles Mestres, a la villa de Olot.

En Olot, precisamente, fué cuando al llamar a la puerta del boticario D. Francisco Xavier

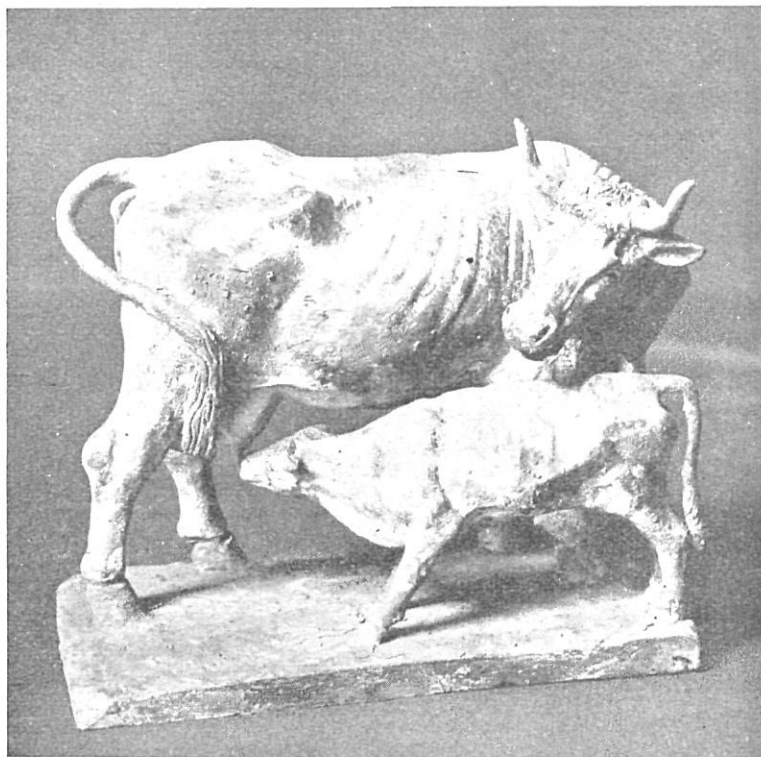
de Bolós Germá, éste le reconoció y le prestó todo el cobijo y ayuda, permaneciendo oculto hasta que la situación política ofreciera muy otras perspectivas. Su permanencia durante unos cinco años en Olot ha sido la causa de que se le llamara *Amadeu de Olot*, lo que ha hecho confundir a muchos que le creen nativo de dicha ciudad. En ella, en la aristocrática mansión de los Bolós, encontró sus más decididos protectores y un trato familiar e íntimo que prendió en su alma. Allí en aquella casa, cuando el artista terminaba alguna obra importante era expuesta durante tres días consecutivos en el salón señorial de la familia, desfilando entonces los admiradores del gran Amadeu, copiosos en número y calidad.

\* \* \*

Si su obra como prestigioso imaginero, pues gran número de ellas están basadas en temática religiosa, ha alcanzado justa fama, la popularidad que sus «Nacimientos» o «Belenes» han obtenido, nos mueven hoy, quizá un poco al calor de la época Navideña, a dedicarles una



especial referencia. El augusto misterio de la Natividad del Señor, motivo de enjundiosa inspiración artística, ha producido obras escultóricas indelebiles, pero Amadeu logró tal perfección en este sentido, sus figuras para Belenes son tan exquisitas, que están a la altura o más de las que se exhiben en Museos nacionales y extranjeros. Se ha dicho por Bulbena Estrany, con razón, que ni las figuras napolitanas del siglo XVIII, que pertenecieron al Rey Carlos II de Nápoles, hoy en el Museo Martín de aquella ciudad, ni las de los Museos de Mónaco y Palermo, ni las del Museo de Cluny (siglo XVIII), ni las de Villars de Moradt (Suiza), ni las de la colección Schmederer del Museo de Munich, etc., ninguna, en suma, tiene las



perfecciones que las de Amadeu en su segunda época. Sólo Salcillo, en España, pudo rivalizar, a este respecto, con Ramón Amadeu.

En las figurillas de Belén es Amadeu espontáneo y rutilante. No tiene que obedecer ya el encargo forzado, actúa con entera libertad de movimientos y es entonces cuando mejor se perfila el alma del artista. Su figurilla típica, la del pastor de alta montaña vestido pobremente con harapos y descalzo o con pobres zuecos, encarna, a su vez, todo el espíritu de esta misma montaña que tanto le inspiró. Pastores y rabadanes, con sus bellos grupos y conjuntos, hablan por sí solos, con sus detalles y sus actitudes, de una escenografía natural en la que se agita el alma misma de un pueblo — Olot y sus montañas — repleto de poesía.

Si en Olot el arte escultórico de Amadeu dejó joyas inolvidables (en las iglesias de Nuestra Señora del Tura, de los Dolores, etc.), el arte y la técnica de sus Belenes y sus figurillas de *pesebre*, dejaron huella inmarcesible. Las figurillas a él debidas que se conservan en Olot, marcan una época bien distinta de aquella en que, reinstalado el artista en Barcelona, procedió de nuevo al cultivo de tan atrayente arte. En las primeras se acusa la tendencia al boceto, sin más, sin tantas perfecciones de anatomía, prevaleciendo el conjunto al detalle, mientras que en su segunda época «belenística» se caracterizó por una perfección insuperable y realista, lo que se patentiza en el Belén que construyó por encargo de D. Salvador Bordas.

Cada año Olot celebra solemnialmente sus Navidades ofreciendo un bello y tradicional Concurso de Belenes. Cada año, pues, se nos ofrece la coyuntura de poder admirar resabios del arte inigualable de Amadeu, de sus concepciones belenísticas que tanto arraigaron en esta ciudad. Dichos concursos suponen un acicate maravilloso para las generaciones artísticas locales, pues lo más escogido de sus promociones se lanza a una competición noble y de elevados tonos que dan a Olot una alcurnia que en el cosmos belenístico goza ya de un prestigio imponderable. Olot, en tales épocas, recuerda vivamente a Amadeu y, en algunas ocasiones incluso, como ha acontecido en el curso de estos últimos años, ha simultaneado su gran demostración belenística con una magna Exposición de figuras de *pesebre* de Ramón Amadeu Grau, siempre recordado y honrado en esta bella ciudad del Fluviá. Y ha sido en ella cuando ha cobrado más vigor, más prestancia y se ha hecho fulgurante el recuerdo hacia aquel gran imaginero mentor de un belenismo que ha adquirido carta de naturaleza entre nosotros.